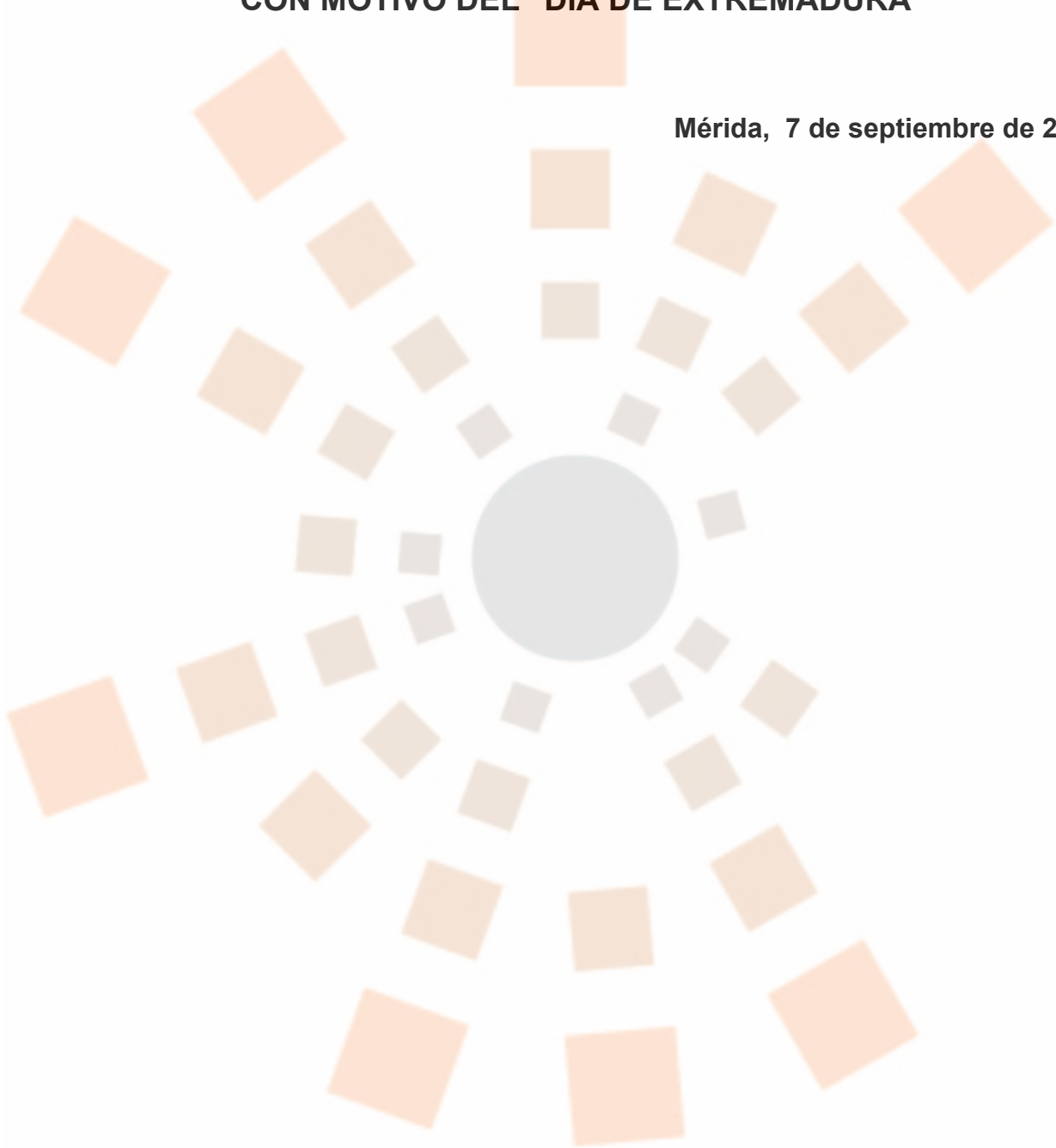


**DECLARACIÓN INSTITUCIONAL DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE  
CON MOTIVO DEL "DÍA DE EXTREMADURA"**

**Mérida, 7 de septiembre de 2000**



## **DECLARACIÓN INSTITUCIONAL DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE CON MOTIVO DEL "DÍA DE EXTREMADURA"**

**Mérida, 7 de septiembre de 2000**

Ilustrísimo señor alcalde; excelentísimos e ilustrísimos señores; señoras y señores.

Por favor, este es el peor día para que haya división entre los extremeños, vamos a respetarnos todos y vamos a escuchar. Vamos a respetarnos todos y vamos a dar la imagen de unidad que el pueblo extremeño necesita.

Ilustrísimo señor alcalde de Mérida, excelentísimas autoridades, señoras y señores.

(Seguramente hará falta más de un Instituto porque sus hijos les estarán viendo por televisión.)

Señoras y señores, queridos amigos, siempre tendría que ser así; se lanza una reflexión, no importa por quién, y la misma da lugar a un debate tan largo como sea necesario, tan apasionado como se quiera, tan educado como se estime y tan inteligente como se pueda.

El de la "liberación" de los escritores extremeños ha sido muy aleccionador; todo se reducía a defender la libertad individual y colectiva de los escritores extremeños y de la comunidad; no se ha hablado en todo el debate de dinero; nadie ha estado interesado en saber de qué cantidades estábamos hablando; éso no interesaba y me parece extraordinario. Cuando los que tienen menos méritos intelectuales y sociales no están dispuestos a dar una patada a un balón de cuero por menos de mil millones de pesetas o a conceder una entrevista a la prensa del corazón por menos de cinco millones, es verdaderamente ejemplar que nuestros escritores se hayan posicionado alrededor o en contra de una propuesta sin haber preguntado por los euros; éstas son las cosas que definen a una sociedad por encima del Producto Interior Bruto o del IPC; cuando se valora más la libertad que las pesetas, cuando se defiende más la independencia que la seguridad, no cabe la menor duda de que estamos ante una sociedad rica y desarrollada, digan lo que digan los parámetros socioeconómicos o los informes estadísticos.

En este debate se han cruzado cartas, artículos más o menos inteligentes, más o menos satíricos, más o menos ingeniosos; pero ahí ha quedado todo; unos intuyendo el peligro de que los políticos pudieran comprar la independencia del intelectual, y otros defendiendo la integridad del político; al final cada uno en su casa, pensando como quiera y diciendo lo que quiera sin que nadie ose atentar contra su sagrado derecho a pensar por sí mismo y a discrepar de lo que considere no ajustado a su concepción de la vida y de la sociedad. Este es el segundo síntoma de una región moderna y desarrollada.

Desgraciadamente no siempre ocurre así; hay una zona de España donde no se practica la divergencia con la palabra o con la pluma, sino con la pistola. En cualquier parte de España, la crítica por defender determinadas ideas puede ser excesiva, incluso despiadada; el único riesgo que se corre es perder dialécticamente o incluso perder unas elecciones. En el País Vasco, el hecho de no compartir las ideas nacionalistas significa arriesgarse a perder la vida; y hay que tener una gran vocación de servicio a los demás para arriesgar la vida de uno.

Hay un número importante de hombres y mujeres que han decidido defender sus ideas en un ambiente hostil, que saben el riesgo que corren y, a pesar de todo, no abandonan; que han sido elegidos por sus conciudadanos para poner en práctica sus ideas y, por ello, están en el punto de mira de las pistolas de unos asesinos. Solo porque hay algunos que no están de acuerdo, que no aceptan las ideas de los demás y quieren imponer las suyas, por las buenas o por las malas.

Por las buenas presentándose a unas elecciones; el problema surge cuando consiguen apenas el diez por ciento del censo electoral.

Por las malas, cuando comprueban que democráticamente no son nada ni nadie; como pierden siempre, salvo en pequeños municipios, no reconocen los resultados electorales. Quieren la independencia del País Vasco, pero como el pueblo no les sigue en sus tesis, pretenden imponerse mediante el terror. Asesinan a políticos, a militares, a guardias civiles, a policías, trabajadores, a ciudadanos, en definitiva, con el objetivo de que los vascos y el resto de los españoles nos sometamos a su voluntad.

Y allí, en ese ambiente de terror, malviven un conjunto de ciudadanos que valientemente mantienen izadas las banderas de la libertad y la democracia. Son los miembros de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado; son los miembros del ejército; son los militantes del Partido Popular y del Partido Socialista Obrero Español; son los miles y miles de vascos que se tiran a la calle, con la cara descubierta, a pedir paz y libertad.

Hay otros que, por cobardía, ya es hora de decirlo, se tienen que comer sus ideas democráticas y de libertad, haciéndose amigos del gángster, no para conseguir objetivos políticos, sino para asegurarse su integridad física; el miedo es libre y cada uno lo controla como puede; unos, aguantando, muriendo si es necesario por aquello en lo que creen; otros, el Sr. Arzallus, y su entorno más cobarde, poniéndose de rodillas ante el pistolero, perdiendo la cara y la vergüenza, pero garantizándose la vuelta a casa todos los días. Es dramático que en esa sociedad, unos, los más valientes y decentes, tengan que perder la vida por defender sus ideas y otros, los más cobardes, tengan que perder sus ideas y su decencia para defender su vida.

A los primeros, desde Extremadura, desde el pórtico de nuestra fiesta regional, en nombre de los extremeños, les mando un abrazo y les tributo mi homenaje de respeto, admiración y solidaridad.

A los segundos, les envío mi compasión; si yo estuviera en el País Vasco me gustaría ser de los primeros para poder mirar a la cara a mi mujer y a mi hija; pero si el miedo o el poco respeto hacia mí me hicieran ser un cobarde, no tendría más

remedio que estar entre los segundos; para entonces, siempre me quedaría el suicidio como forma de terminar con mi infamia.

El día en que los terroristas, y quienes les apoyan, descubran que cuando en el resto de España gritamos "ETA no, vascos sí", no es el miedo el que nos empuja sino nuestras profundas convicciones democráticas y nuestros sentimientos más nobles, entonces sabrán que, contra nosotros, tienen la batalla definitivamente perdida. Para ello, tenemos que hacer una demostración permanente de esas convicciones en todas las situaciones que hagan comprender al terrorista que la vida es para nosotros un bien que respetamos por encima de cualquier circunstancia.

Y no siempre hacemos esta demostración: Cuando nos negamos a que en nuestro país convivan con nosotros quienes tienen una piel diferente a la nuestra, estamos alimentando el esquema ideológico del terrorista vasco que puede pensar, que si nosotros queremos vivir solos y sin mezclarnos con otras razas, por qué ellos no van a poder defender similar argumento.

Cuando defendemos la pena de muerte para el delincuente, estamos situándonos en el mismo rasero mental que el terrorista que piensa que de acuerdo con sus leyes y sus tribunales pueden juzgar y condenar a muerte a quienes se separan de esas leyes que ellos han creado.

Cuando, en uso del derecho que tenemos, sin duda, a tomar unas copas con los amigos, circulamos ebrios por una carretera y matamos a una familia que va a disfrutar sus vacaciones, estamos insuflando argumentos al terrorista que considerará, con más fundamento, que sus derechos están por encima del derecho a la vida de lo demás.

Cuando un violador no es condenado por la justicia, por no quedar acreditada suficientemente una resistencia activa de la víctima, estamos dando la razón a quienes asesinan de un tiro en la cabeza por no quedar suficientemente acreditada la renuncia expresa a las tesis antinacionalistas del asesinado.

Cuando matamos a nuestra mujer porque no se comporta con la sumisión que nosotros imponemos con nuestra fuerza, estamos dando la razón al terrorista que asesina a una concejal del PP o del PSOE por no aceptar la fuerza del que está dispuesto a ejercerla.

Cuando marginamos a un artista, a un creador, porque no se somete a los cánones éticos e ideológicos del que tiene el poder, estamos imitando al terrorista que amenaza a los intelectuales que no se someten a sus consignas y que las rebaten intelectualmente.

Cuando apoyamos las tesis, por humanitarias, desde luego, de que el asesino terrorista pueda cumplir su condena cerca de su casa, y miramos para otro lado cuando el político, el empresario, el militar, el intelectual, tiene que desarrollar su actividad lejos de su domicilio, poniendo tierra por medio para salvar su vida, estamos admitiendo el esquema del terrorista que agrupa a los criminales y dispersa a los inocentes.

Cuando todas estas cosas pasan, y pasan todos los días, el terrorista percibe que sin duda hay un buen caldo de cultivo para seguir poniendo en marcha

sus repugnantes teorías racistas, xenófobas y asesinas. Siempre podrán pensar que pensamos como ellos aunque matemos menos que ellos. Aunque menos es un decir: nuestro rechazo a quienes quieren venir a comer, a vivir, a escapar de una muerte segura, a tener derechos y libertad, está provocando más muertos al año que los asesinados por ETA; los crímenes de éstos asesinos podemos contarlos y los contamos dramáticamente; las pateras que naufragan en el Estrecho sin que nadie se entere nos evita tener una estadística fiable de los muertos que no llegaron vivos porque, aunque los necesitamos, no los queremos.

El número de mujeres maltratadas y muertas por sus parejas, treinta en lo que va de año, supera anualmente la cifra de asesinados por los terroristas. Igual ocurre con el número de muertos en carretera por conducir con exceso de alcohol en la sangre.

En definitiva, condenar los crímenes terrorista es una acción cívica que cualquier ciudadano decente debe realizar. Pero la batalla contra el terrorista necesita más que la condena. Necesita que nos vea comportarnos, en todas las situaciones en que ellos matarían, de una forma, distinta y diferente a sus esquemas mentales, ideológicos políticos o religiosos.

Si ellos asesinan a quienes no son vascos vascos, nacionalistas y patriotas, nosotros tenemos que dejar vivir entre nosotros a quienes no son españoles españoles, tienen un color de piel diferente a la nuestra y quieren vivir entre nosotros.

Si ellos matan a quienes no piensan como ellos y están más desprotegidos que ellos, nosotros tenemos que respetar a quienes no piensan como nosotros y son físicamente más débiles que nosotros.

Si ellos matan por reclamar unos derechos de independencia, nosotros tenemos que respetar la vida de quienes no tienen que perderla por usar nuestro derecho a tomar unas copas.

Si ellos matan por reclamar el derecho a que los condenados a prisión cumplan sus penas cerca de sus casas, nosotros tenemos que garantizar que cumplan sus deberes artísticos, profesionales o políticos quienes quieren vivir, amar y trabajar en sus casas y en sus pueblos.

De esa forma sabrán estos descerebrados que no es el miedo el que nos impulsa a exigirles que no maten, sino que son nuestras convicciones democráticas y humanitarias contra las que jamás podrá ni una pistola, ni un coche bomba, ni un tiro por la espalda.

Sencillamente les demostraremos que somos mejores que ellos ya que somos moral y éticamente superiores, y porque no estamos dispuestos a consentir que nadie muera porque quiera vivir en libertad, con dignidad y con respeto a los demás.

Y cuando estos desalmados nos vean desde sus escondrijos actuar con tanta dignidad, con tanto respeto al diferente, con tanto amor a las personas sean estas como sean, no tendrán más remedio que volver las pistolas contra sus sienes o pedirnos perdón por tanto daño, como nos han hecho y nos hacen desde su

pequeñez y desde su vileza. Los españoles, en ese momento, preferiremos, estoy seguro, perdonar antes de que se aprieten el gatillo.

Entonces comprenderán que se puede contribuir al engrandecimiento de un pueblo, cantando, curando, creando sueños, ayudando a los jóvenes o mostrando el fruto de nuestro trabajo individual y colectivo. Y serían reconocidos por todos, como nosotros reconocemos, este año, a dos entidades y tres personas, concediéndoles la Medalla de Extremadura.

De las entidades, una pública, la Feria de Zafra, y otra privada, la FEXAD. Y de ellas, la primera cuenta con más de cinco siglos, mientras que la segunda, apenas tiene diez años. La Feria exhibe una asentada vocación internacional; la FEXAD, sin embargo, trabaja pegada al duro terreno extremeño. La Feria de Zafra creada por un privilegio real, desde arriba, y la FEXAD por el empuje inicial de varias familias extremeñas, asociadas desde abajo. La Feria de Zafra concitando a miles de personas y la atención de los medios, mientras la Federación, de una forma más callada y anónima, aunque no menos efectiva. Dos modelos de organizar sendas actividades del máximo interés para la región. La Feria este año lucirá su Medalla en San Miguel pero añorará a uno de sus estandartes, D. Francisco Luna que ya no está con nosotros.

Y la misma variedad en los tres extremeños galardonados. Dos de ellos, Pablo y Reyes, nacidos en esta tierra, mientras que el doctor Moreno nacía fuera para venir inmediatamente al terruño familiar de su familia, en Siruela.

Uno que compone e interpreta, sobre todo, en la región; otro que aquí lo hace menos que en otros sitios, y un tercero que ejerce su magisterio teórico y práctico en Madrid.

Un artista, nuestro cantautor que triunfó fuera y a su tierra ha vuelto para seguir creando en su fecunda madurez. Pablo es el patriarca de una nutrida generación de cantautores españoles y, no hay más que oír hablar a sus colegas para palpar ese respeto y cariño con el que le tratan.

Otro, Reyes Abades, triunfador fuera de su tierra, y que ha vuelto últimamente para mostrarnos, sobre estas mismas piedras, su capacidad para hacernos creer lo increíble, para pasmo de los espectadores e intranquilidad inicial de los arqueólogos. Un hábil mezclador del arte y de la más compleja técnica nuestro Reyes Abades, un fabricante de sueños en el más estricto sentido de la expresión. Un artista, por cierto, cuyo apellido, Abades, reconoce mi ordenador, frente al de Arzallus que se empeña en ignorarlo.

Y junto al artista y al artista-técnico, un científico, un médico, que disfruta, asimismo, de la madurez de unos conocimientos que adquirió por las cuatro esquinas del mundo; el doctor y profesor Moreno González, que con su bisturí ha devuelto la felicidad a muchas familias españolas y extremeñas, y que con sus lecciones ha orientado la vocación las vocaciones de muchos médicos. Y todo ello, desde un hospital público y una Universidad pública, lo que supone, por sí mismo, otra nada desdeñable lección.

Todos ellos, las personas y las entidades, cada una con su particular circunstancia y su forma de compromiso con su tierra son un esquemático reflejo de nuestra diversidad social.

Gracias por su presencia y por sus palabras, y gracias a todos vdes. por estar esta noche aquí.

